

QUÉ HACER CUANDO YA NO HAY NADA QUE HACER

CÓMO HACER FRENTE A LA MUERTE Y A OTRAS SITUACIONES ANTE LAS CUALES NO SE PUEDE HACER NADA

(1° REYES 17.17–24)

DAVID ROPER

¿Cuál es la catástrofe natural más aterradora que se puede imaginar? Mi esposa Jo vive atemorizada de que algún día se encuentre en la trayectoria de un tornado asesino. Creo que para mí sería pavoroso que sobreviniera un terremoto de grandes proporciones, en el que la tierra se estremezca a mi alrededor.

En los primeros lugares de la lista de catástrofes horribles deben de encontrarse aquellas en que a uno ya no le queda nada que hacer. Un ejemplo de esto es lo que sucedió hace algunos años durante un servicio de adoración en la Gran Área de Dallas. Afuera estaba azotando una tormenta de invierno. Desde hacía varios días se había acumulado hielo y nieve sobre el techo plano, hasta que el peso llegó a ser excesivo y, de repente, el techo colapsó, cayendo sobre los adoradores, matando a uno e hiriendo a muchos más. ¡Debió de haber sido aterrador!

Aun peor es cuando en nuestra vida personal se nos presentan inesperadamente situaciones que nos dejan sin ningún margen de acción, al hacer frente a problemas que jamás creímos que tendríamos. Analicemos el relato de Elías y la viuda de Sarepta, para ver qué sucedió cuando en la vida de ellos llegó a un momento en que ya no había nada que hacer (1° Reyes 17.17–24).

A modo de introducción, analicemos Hebreos 11, el gran capítulo de la fe, «la versión resumida de la Biblia, que hace el Espíritu Santo». Este capítulo habla de grandes hombres de fe: Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y otros. Una y otra vez, recalca que, por fe, ellos hicieron lo que Dios les mandó. Por último, llegamos al versículo 32: «... el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón...». Note las últimas cuatro palabras del versículo 32: «... y de los profetas». Elías estaría incluido en este grupo.

¿Qué fue lo que hicieron «por fe» estos hombres? El autor de Hebreos dice que ellos conquistaron reinos, evitaron filo de espada y se hicieron fuertes en batallas (vers.^{os} 33–34). Note cómo comienza el versículo 35: «Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección». Hemos oído relatos acerca de cómo Jesús y otros resucitaron muertos. ¡Analicemos la primera vez que esto sucedió!

LA REALIDAD (17.17–18)

Las situaciones ante las cuales no se puede hacer nada, constituyen una realidad de la vida. Si uno vive por tiempo suficiente, se encontrará cara a cara con muchas de ellas. Una semana que yo estaba predicando para la congregación de Central en Cleburne, Texas, uno de nuestros miembros, que nunca antes había tenido problemas cardiacos, murió de un ataque cardiaco. A la semana siguiente, un hombre joven que toda su vida había sido miembro de la congregación, se vio involucrado en un accidente en el que chocaron cinco automóviles en cadena. Su niño recién nacido murió instantáneamente, su esposa murió mientras la operaban, su hija mayor sufrió graves heridas, y él y su hijo fueron hospitalizados. A la semana siguiente, otro hombre joven que también había sido miembro de Central toda su vida, y que recién se había casado, fue muerto a balazos junto con su esposa, en un complejo de apartamentos de Cleburne. No creo que tengo que describirle la sensación de tragedia de que fue presa cada una de las familias. Las situaciones ante las cuales no se puede hacer nada, son reales; se producen en la vida de toda persona.

La muerte es real. No nos gusta pensar en ella. La rechazamos con todas nuestras fuerzas. Hacemos todo lo posible por desconocerla. Cuando sucede, les pagamos a otros para que la disimulen

detrás de un maquillaje y un buen disfraz. Muchos de nosotros evitamos ir a los funerales si podemos. No obstante, la muerte es una realidad. Hace muchísimo tiempo, la serpiente dijo a la mujer: «No moriréis» (Génesis 3.4), pero ella mintió. La mujer y su esposo pecaron, y la muerte entró en el mundo. Hebreos 9.27 declara: «... está establecido para los hombres que mueran».

La mujer del relato que estamos estudiando, conocía acerca de la muerte. Había perdido a su esposo anteriormente. No conocemos los detalles. Tal vez fue una muerte repentina que destruyó su corazón, o pudo ser una muerte lenta que le quebrantó el espíritu; pero lo cierto es que perdió a su esposo. Más adelante, estaba haciendo frente a la posibilidad de su propia muerte y la de su hijo, debido a la sequía. Gracias al profeta Elías, ella se salvó. Luego leemos en el versículo 17: «Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa; y la enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento».¹

«Después de estas cosas...»: Después de las bendiciones, después de ser salvada de morir; después de ver a su hijo creciendo derecho y poniéndose cada vez más alto, ¡sucede esto!

La expresión «no quedó en él aliento» puede indicar que el chico tenía un problema respiratorio. Los padres que tienen hijos que padecen de asma o de problemas parecidos pueden comprender esta posibilidad. No hay nada más aterrador que ver a un hijo teniendo dificultades para respirar.

Cual haya sido la enfermedad, lo cierto es que la madre observaba día tras día cómo su hijo empeoraba. Ella acunaba aquel cuerpo sin vida en sus brazos, y lo mecía, mientras le bajaban lágrimas por sus mejillas y se le destrozaba el corazón. Este niño era todo lo que le quedaba de su esposo, era su esperanza para el futuro, era el centro de su amor. A menos que usted se haya encontrado en la misma situación, no podrá entender cuán profunda era la desesperación de ella.

La tragedia la había golpeado. Estaba de cara a una situación ante la cual no se podía hacer nada. Debía de haber creído que no había quien la pudiera ayudar. Se encontraba en una situación en la que muchos han estado, en la que tal vez se encuentre usted en este mismo instante, sintiendo como si tuviera la cabeza metida en una prensa que cada vez le aprieta más, hasta el punto de que le parece que va a perder el juicio.

¿Qué puede hacer usted? Esto fue lo que la

¹ En este relato, la frase «no quedó en él aliento» parece ser un eufemismo de «murió».

afligida madre hizo: «Y ella dijo a Elías: ¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer a memoria mis iniquidades, y para hacer morir a mi hijo?» (vers.º 18).

Imagínese el sarcasmo con que habló, cuando dijo: «varón de Dios». «Yo creí que viniste para dar vida», clamó ella, «¡pero aparentemente viniste para dar muerte! ¿Acaso todo fue un truco cruel?».²

Esto contrasta con la manera como la viuda consideraba la muerte la primera vez que la encontramos. En aquel momento, ella estaba recogiendo leños para preparar una comida para ella y su hijo. En ese momento estaba resignada a morir. Era una situación que ya tenía varias semanas de estarse dando. Creía que la muerte era inevitable, y ella estaba cediendo a lo inevitable. Ahora, en cambio, ya no esperaba la muerte; no estaba preparada, así que arremetió contra Elías.

Hay quienes pasan junto al lecho de un ser amado día tras día, semana tras semana, mes tras mes y a veces año tras año, viéndolo sufrir. Después del sufrimiento y el dolor, es casi un alivio verlo morir, especialmente si estaba preparado. Por otro lado, cuando creemos que son años los que nos quedan, para disfrutar de la presencia de un ser amado, y la muerte sobreviene inesperadamente, ¡cuánto destroza el corazón!

Los sicólogos nos dicen que cuando muere alguien allegado a nosotros (especialmente si muere repentinamente), nosotros pasamos por varias etapas del proceso de sanidad:

1. Conmoción
2. Liberación emocional
3. Depresión y soledad
4. Angustia o pánico
5. Culpa
6. Hostilidad o resentimiento
7. La lucha por volver a la normalidad

No todo el mundo pasa por las mismas etapas en el mismo orden ni con la misma intensidad, pero siempre hay etapas distintas por las que todos pasan cuando están de duelo. No debemos avergonzarnos cuando nos vemos luchando con ellas.

Una de las etapas es «hostilidad o resentimiento».

² Hay duda acerca de qué es lo que la viuda da a entender con sus palabras. Al comienzo de sus palabras se lee literalmente en el Hebreo: «¿Qué a mí a ti?». Puede que ella esté diciendo que, en vista de que Elías es santo («un varón de Dios»), al ser comparada con él, ella ha quedado expuesta como pecadora, y su hijo ha sido muerto como castigo por los pecados de ella. Cual haya sido el significado de sus palabras, estas llevan implícitas la idea de que de uno u otro modo, Elías es responsable.

miento». Nos enojamos. Puede que nos enoje lo injusto de la situación. Puede que nos enojemos con nosotros mismos por algo que no hicimos. Puede que nos enojemos con los doctores y las enfermeras por permitir que eso pasara. Puede que nos enojemos con Dios por permitir que sucediera. Puede que incluso nos enojemos con el que murió por dejarnos solos. Es una verdad: En algún momento nos enojaremos.

La viuda de Sarepta estaba enojada, y ella arremetió. El objeto de su enojo fue Elías. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho el profeta? No le había hecho nada más que bien. ¿Qué había hecho el Dios de Elías por ella? No le había hecho más que bien. No obstante, Elías estaba cerca, de modo que se convirtió en el chivo expiatorio. Ella dijo, en efecto: «Viniste a castigarme por mis pecados, pero en lugar de matarme a mí, mataste a mi hijo. Mi hijo murió por algo terrible que hice yo».

Lo anterior es resultado de concepciones teológicas distorsionadas, pero son concepciones generalizadas. Si nos ocurre algo malo, creemos que deben de ser retribuciones divinas por algo que hicimos. Clamamos, diciendo: «¿Por qué, Señor? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?». Esta ha sido una idea generalizada durante años. En los tiempos de Job, los «amigos» de él creyeron que él debía de ser el peor de los pecadores, debido a que le había sobrevenido la peor de las calamidades. Cuando los discípulos de Jesús vieron a un hombre que había sido ciego de nacimiento, le preguntaron al Maestro: «Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Juan 9.2). Jesús dijo que *no* habían sido los pecados de él *ni* los de sus padres, los que habían provocado tal condición (vers.º 3).

La anterior filosofía *no* es verdadera. No hay relación automática entre el sufrimiento y el pecado personal. Cuando Pablo mencionó su «aguijón en la carne», él recalcó que este se le había dado para llevar a cabo los propósitos de Dios (2ª Corintios 12.7–9). El relato que estamos estudiando es un ejemplo al respecto. Uno puede estar completamente dedicado a los planes y propósitos de Dios, y a la vez ser golpeado por la tragedia. He aquí un hogar que Dios había elegido, un hogar donde el profeta vivía. He aquí una mujer que había obedecido a Dios y que había sido bendecida todos los días con un milagro. A pesar de esto, la tragedia la golpeó.

La muerte y otras situaciones ante las cuales no se puede hacer nada, son reales. Pueden golpear a quienquiera en cualquier momento, sin importar cuán piadoso, ni cuán fiel sea. Pueden golpear en *su* casa.

EL REMEDIO (17.19–21)

Tratemos de ponernos en el lugar de Elías. Imagínese que la viuda nos hubiera gritado, con estas palabras: «¿Por qué me has jugado esta broma cruel?». ¿Qué habiéramos respondido?

Tal vez habiéramos reaccionado enojados, diciendo: «¿Qué te pasa, mujer desdichada y malagradecida? ¿Por qué crees que estamos vivos todavía? ¡Si no hubiera sido por mí, hace dos años que hubiera muerto tu hijo, y tú misma también estuvieras muerta!». Sin embargo, así no fue como respondió Elías.

Tal vez habiéramos tratado de avergonzarla, diciendo: «Deberías tomar en cuenta las bendiciones. Por lo menos tuviste a tu hijo dos años más de lo esperado. A mucha gente le va peor que a ti. Si te fijaras bien, verías que no todo es tan malo como parece». Una vez más, esta no fue la manera como respondió Elías.

Tal vez habiéramos predicado a la mujer un sermón, para corregirle sus concepciones teológicas, y para probarle con veinticinco pasajes bíblicos que no siempre existe una relación directa entre el sufrimiento y el pecado de la persona que sufre. Una vez más, esto no fue lo que hizo Elías.

Cuando las personas son presa de situaciones ante las cuales no se puede hacer nada, ellas no se encuentran en condiciones mentales para hablar de forma profunda y lógica. Esto es algo que aprendí hace años. Jo y yo vivíamos en Oklahoma City, donde obtuvimos nuestro primer empleo después de salir de la universidad. Al frente vivían Homer y Eddith Beaver, una pareja mayor que nosotros, que eran como nuestros segundos padres. Un día recibimos una llamada con noticias trágicas. Eddith había muerto en un accidente de tránsito cerca de Wichita Falls, Texas. El día del funeral, Jo y yo condujimos hasta el lugar del servicio. Llegamos con algunos minutos de adelanto. Para mi sorpresa, descubrí que era a mí a quien esperaban para predicar en el funeral. Yo ya había predicado en algunos funerales, pero esa semana había estado estudiando para responder a la pregunta «¿Por qué hay sufrimiento en el mundo?». Modestia aparte, con unas breves notas que preparé fue suficiente para mí, y creo que fue una presentación magistral la que hice, al explicar bíblicamente por qué ocurren tragedias como la de Eddith. Después, cuando estaba junto al féretro, la hija de Eddith se me acercó, me dio las gracias, y dijo: «Solo me queda una pregunta: ¿Por qué tuvo que morir mi madre?». Una vez más, cuando las personas son presa de situaciones ante las cuales no se puede hacer nada, ellas no están en condiciones mentales

para entrar en análisis profundos y filosóficos.

¿Qué respuesta dio Elías al arrebato de cólera que le dio a la mujer? Esto fue lo que le dijo: «Dame acá tu hijo» (vers.º 19). No trató de razonar con ella. No la corrigió. Solo dijo: «Dame acá a tu hijo».

Tal como lo consignan los versículos siguientes, Elías hizo cinco cosas para ayudar, cinco cosas que cualquiera puede hacer para ayudar en «situaciones ante las cuales no se puede hacer nada»:

1) Estuvo allí. Puede que esto parezca simplista, pero es probable que no haya nada más importante al tratar de ayudar a otros. Su presencia significa más que todo lo que pueda decir. Si usted no sabe qué decir, entonces no diga nada, pero esté allí. Ponga sus brazos sobre los hombros de la persona que sufre; dele un abrazo o un beso en la mejilla.

Mencioné anteriormente al miembro de la congregación de Central que murió repentinamente de un ataque cardíaco. Algunos días después del funeral fui a visitar la viuda. Ella dijo: «He aprendido algo de esto. Nunca he sabido qué decir cuando la tragedia sobreviene, y eso me ha molestado; pero en los últimos días he descubierto que lo importante no es que la gente diga algo, sino que sencillamente esté allí».

Yo añadiría: Si realmente ama a alguien, esté allí semanas y meses después de la tragedia, cuando los demás han vuelto a sus ocupaciones y es la soledad la que ahora se ha mudado con el que quedó solo.

2) Se compadeció de la mujer. Note el versículo 20, cuando clamó a Jehová. Al igual que la mujer, él no entendía por qué estaba sucediendo esto. Sintió compasión por esta madre afligida. «Llorad con los que lloran», dijo Pablo (Romanos 12.15).

3) Se mantuvo calmado, mientras el pánico se apoderó de los demás. Aunque se llenó de aflicción, se mantuvo sereno en presencia de la viuda. Note el contraste entre el clamor de ella por su aflicción (vers.º 18) y la sencilla expresión de él: «Dame acá tu hijo» (vers.º 19).

Si usted aumenta la histeria que ya hay en el ambiente, no puede ayudar. Si no puede controlar sus emociones, pida permiso, retírese, recupere el dominio de sí mismo, y *entonces* regrese a consolar al afligido.

4) Hizo lo que pudo. Tomó al niño, lo llevó a su habitación, y lo puso sobre su cama. Esto tuvo cierto costo para él. Según la ley de Moisés, quien tocara un cadáver quedaba inmundo. Por lo general, la gente evitaba tocar un cadáver, a menos que no les quedara remedio. Elías se sacrificó para hacer lo que podía.

Siempre hay detalles de los cuales podemos

aliviar la mente de los que están atribulados: Hay llamadas que deben hacerse, hay preparativos que deben llevarse a cabo, hay transporte que debe proveerse. Hay platos que deben lavarse, hay alimentos que deben cocinarse y servirse. Tal vez haya necesidad de dar alojamiento a personas que vienen de fuera de la ciudad. Puede que en el pasado usted haya respondido diciendo que no sabía qué hacer. ¿Sabe de *algo* que debe hacerse y que usted puede hacer? Entonces hágalo.

Hace varios años apareció un artículo en el *Reader's Digest*, titulado «Vine a limpiar tus zapatos». Se trataba de un hombre que nunca sabía qué hacer cuando moría alguien. Cuando murió alguien de su propia familia, vino un amigo y limpió los zapatos de todos en la casa, con el fin de que estuvieran preparados para el funeral. Después, el hombre se hizo una pequeña caja de limpiar zapatos y, cada vez que moría alguien, él llegaba a la casa del muerto, recogía todos los zapatos, y los limpiaba.

5) Algo de suma importancia que hizo Elías, fue que recurrió a Dios para rogar por la afligida madre. En el versículo 20 se lee que descargó sobre Dios toda su frustración, diciendo: «Jehová Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciéndole morir a su hijo?». Después se tendió sobre el niño tres veces. Es probable que hiciera esto del mismo modo que leemos que lo hizo Eliseo: boca sobre boca, ojos sobre ojos y manos sobre manos (vea 2º Reyes 4.34). Mientras hacía esto, invocó al Señor, diciendo: «Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él» (vers.º 21).

Yo ignoro por qué Elías se tendió sobre el niño. La Biblia no nos dice. ¿Lo haría para calentar el cuerpo? Tal vez fue esta la razón (vea 2º Reyes 4.34). ¿Fue este el primer intento de respiración boca a boca?³ Lo dudo.

Recuerde que esto no había sucedido anteriormente. Adán y Eva habían dado sepultura a Abel, y este no había resucitado. Muchos miles de personas habían sido sepultadas, hasta el tiempo de Elías; ninguno había regresado de la muerte a la vida. Que sepamos, ninguno había tenido la audacia de pedirle a Dios que resucitara a los muertos. Elías estaba intentando lo imposible. (¡Recuerde, estamos hablando de «situaciones ante las cuales no se puede hacer nada»!) Él no conocía precedente alguno, ni tenía un manual que pudiera seguir.

¿No hemos deseado a veces haber tenido un manual cuando caímos repentinamente en situa-

³ No hay nada en el hebreo que indique que así fue, pero la Septuaginta añade: «sopló aliento en el niño».

ciones ante las cuales no se puede hacer nada? Tal vez no nos vendría mal un manual de paciencia: «Haz estas cuatro cosas, y si tu impaciencia es un problema serio, haz cinco o seis más»; o un manual sobre cómo hacer frente a la muerte: «Dé el primero, el segundo, el tercero y el cuarto pasos, y si has perdido a tu hijo o a tu madre, da *también* del quinto al décimo pasos». Dios no nos ha dado tal manual. Nos ha dado un manual sobre cómo hacer frente a los problemas en general; se llama la Biblia. No obstante, no es un manual de pasos. Antes, es un libro de principios. Dios dice: «Eres lo suficientemente grande para aplicar estos principios a tus problemas».

En vista de que Elías no tenía un manual sobre cómo resucitar a los muertos, es probable que lo que hizo se pueda clasificar en la categoría de «haz lo que puedas». Es probable que le pareció razonable compartir el calor de su cuerpo con él, y eso hizo. Más adelante, después que el niño revivió, creo que le impresionó el resultado, le impresionó tanto que se lo contó a Eliseo, y esta es la razón por la que Eliseo hizo lo mismo más adelante (2º Reyes 4). ¿Debía hacerse de ese modo? Es probable que no. Cuando Jesús vino, Él solo habló y la gente se levantó de entre los muertos (cf. Lucas 7.14; etc.).

Esto nos lleva a la *verdadera* fuente de poder: este no se encontraba en el hecho de que Elías se tendió sobre el niño, sino en la oración del profeta: «Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él». No deje que el aspecto milagroso de este evento le impida ver este mensaje esencial: Elías llevó el problema a *Dios*.

Unos dos o tres años atrás en la vida de Elías, la oración había hecho cesar la lluvia. En el capítulo que sigue, veremos la oración haciendo descender fuego del cielo, y haciendo que vuelva la lluvia. Este profeta creía en la oración, y él oró. Hay poder en la oración.

¿Se encuentra usted actualmente en una situación ante la cual no se puede hacer nada? He aquí un versículo que tiene que ver directamente con su situación: «Para los hombres esto es imposible; mas *para Dios* todo es posible» (Mateo 19.26; énfasis nuestro). Cuando usted se encuentre de cara a la muerte y a otras situaciones ante las cuales no puede hacer nada, *ore*. Póngase de rodillas y ore. Cuando orar sea lo más difícil, ore. Cuando no sienta deseos de orar, ore. Ore, diciendo: «Que no se haga mi voluntad, sino la Tuya». No olvide mencionar en su oración que *usted* será lo que debe ser.

Leí acerca de un padre cristiano y maestro de escuela que estaba frustrado por los problemas de su vida. Esto fue lo que escribió: «Oré por mis

estudiantes y por mis hijos, y nada pasó. Entonces, oré por el maestro de mis estudiantes y por el padre de mis hijos, y las cosas mejoraron».

LOS RESULTADOS (17.22–24)

Hubo dos resultados básicos: En primer lugar, se recobraron fuerzas.

La madre se llenó de fuerzas a raíz de esta serie de eventos. La fe de ella en su corazón, se fortaleció. Note el versículo 24, después que a ella se le devolvió el hijo: «Entonces la mujer dijo a Elías: *Ahora conozco* que tú eres varón de Dios y que la palabra de Jehová es verdad en tu boca». (Énfasis nuestro.) La viuda había visto maravillas anteriormente, ¡pero esta superó todas las anteriores!

Según la tradición judía, esta mujer se convirtió al judaísmo, y el hijo de ella era Jonás, quien también llegó a ser profeta.⁴ Haya sido esto así o no, lo cierto es que esta mujer salió de aquella situación ante la cual no se podía hacer nada, con una fe más fortalecida en el Señor.

No obstante, no solo la madre se fortaleció; se sobreentiende que Elías también se fortaleció, que él salió de su ocultamiento de tres años y medio siendo más fuerte que antes. Como se consigna en el capítulo que sigue, él se presentó después delante del rey, delante de todo el pueblo y delante de 450 profetas de Baal para el desafío de fuego. Esto, sin embargo, no intimidó a Elías. Después de todo, con la ayuda de Jehová Dios, había conquistado la muerte, ¡algo que nunca antes se había hecho! Para uno que había luchado con la vida y la muerte y que había visto la vida restituida, ¿qué era algo tan pequeño como pedir que descendiera fuego?

A ninguno de nosotros nos gustan problemas de la vida que sean imposibles de resolver. Ninguno de nosotros pediría deliberadamente por ellos. Sin embargo, es necesario que nos demos cuenta de esta verdad: Cuando hemos hecho frente a situaciones ante las cuales no se puede hacer nada, con la ayuda de Dios, al final somos más fuertes y estamos más capacitados para hacer frente a lo que se nos presente en la vida.

Veamos la dramática conclusión del relato. El segundo resultado fue que se recibieron galardones. Romanos 8.28 dice: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien». Este relato es una hermosa ilustración de esa verdad. Una vez que prediqué sobre este texto, un oyente dijo: «Me encantan las historias con un final feliz». Esta historia tiene un final feliz: «Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió. Tomando luego Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo dio a su madre, y le dijo

Elías: Mira, tu hijo vive» (vers.^{os} 22–23).

¡Imagínese el asombro de esa madre cuando Elías bajó por las escaleras con aquel niño en sus brazos! Vea la sencillez de las palabras de Elías: «Mira, tu hijo vive». No dijo: «Mira lo que he hecho», sino: «Mira, tu hijo vive». ¡Cuánta felicidad debió de haber reinado en aquel pequeño hogar! No hay duda de que las lágrimas volvieron a derramarse, pero esta vez fueron lágrimas de felicidad.

No estoy diciendo que la oración siempre nos restituirá a nuestros seres queridos, sin embargo, la oración nos dará la capacidad de sobrellevar la situación y de ser victoriosos. En diciembre de 1985, los que vivíamos en el área de Dallas/Forth Worth, seguimos con atención la noticia de una mujer cuyo hijo había sido baleado por unos hombres que estaban robando en una tienda. El evento había sido captado por la cámara de video de la tienda y fue divulgado por televisión una y otra vez. Más adelante vimos por televisión a la mujer hablando a su hijo inconsciente. Luego la vimos siendo entrevistada después que su hijo murió. Ella expresó su seguridad de que su hijo estaba preparado para la muerte y que ella estaba en paz. Hubo dos cosas que dijo el comentarista que captaron mi atención: 1) Su fortaleza maravilló a todos los que la rodearon, y 2) ella era una mujer profundamente religiosa. Sí, Dios puede ayudarle a hacer frente a cualquier situación que se le pueda presentar en la vida, ante la cual no se pueda hacer nada.

No obstante, debemos dar un paso más. Tracemos un paralelo entre la viuda de Sarepta que perdió a su hijo y los que pierden seres queridos hoy. Pablo dijo esto en 1^{era} Tesalonicenses 4:

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen [i. d., están muertos], para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, *así también traerá Dios con Jesús* a los que durmieron en él [...] Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (vers.^{os} 13–14, 17; énfasis nuestro).

Del mismo modo que Elías llevó a aquel muchacho al aposento bajo y lo devolvió a su madre, cuando Jesús regrese, ¡Él traerá consigo a nuestros preciosos seres queridos con Él! Nosotros nos elevaremos y los recibiremos en el aire. Si hemos sido fieles, estaremos para siempre con el Señor. ¡Qué gran encuentro será ese! «Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras» (1^{era} Tesalonicenses 4.18).

CONCLUSIÓN

Volvamos a Romanos 8.28, ese maravilloso pasaje que resume gran parte de lo que hemos visto en estas lecciones: «... a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien». Dios puede convertir la tragedia en triunfo. No obstante, note que la bendición del pasaje es para los que cumplen dos condiciones: «... a los que aman a Dios [...] a los que conforme a su propósito son llamados». Cada uno de nosotros debe amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Cada uno debe responder al llamado de Su evangelio (2^a Tesalonicenses 2.14) por medio de la obediencia (Marcos 16.16). Cada uno debe armonizar su vida con el propósito de Dios. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14.15).

¿Ha llenado usted los requisitos que el Señor indica para que Él pueda bendecirlo en los momentos en que ya no hay nada que hacer, en el momento en que usted se encuentre de cara a la muerte y otras situaciones ante las cuales no se puede hacer nada?

NOTAS DE MEDIOS VISUALES

Puede servir de medio visual un cuadro de las etapas del proceso de duelo. Aunque en esta lección solo se hace breve referencia a estas etapas, a algunos de los presentes puede servirles que se mantengan a la vista. Recalque que al pasar por las diferentes etapas, uno no tiene por qué sentir vergüenza.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

INTRODUCCIÓN

- A. A modo de introducción, leamos Hebreos 11.32–35. Luego analicemos la primera vez que «las mujeres recibieron sus muertos por resurrección».
- B. Esta es la lección:
 1. Puede ser aterrador cuando nos vemos en situaciones en las cuales ya no queda nada que hacer.
 2. Vayamos a 1^o Reyes 17.17–24 para ver la realidad, el remedio y los resultados de ello.

I. LA REALIDAD (17.17–18)

- A. No nos gusta pensar en la muerte, pero ella es una realidad.
 1. La mentira del diablo: Génesis 3.4.
 2. La verdad: Hebreos 9.27.
- B. Esta mujer conocía la realidad de la muerte.
 1. Ya había muerto el esposo de ella.
 2. Ella y su hijo habían estado a punto de morir cuando Elías llegó, pero se salvaron.

3. Ahora su hijo muere (vers.º 17).
- C. Note la reacción de ella (vers.º 18).
 1. ¡Qué contraste entre esta reacción y la actitud que ella tenía para con la muerte cuando nos encontramos con ella por primera vez! En aquel momento estaba resignada; ahora está enojada.
 - a. Etapas del proceso de duelo después de una muerte:
 - (1) Conmoción
 - (2) Liberación emocional
 - (3) Depresión y soledad
 - (4) Angustia o pánico
 - (5) Culpa
 - (6) Hostilidad y resentimiento
 - (7) Lucha por volver a las actividades usuales
 - b. En este caso vemos «hostilidad y resentimiento».
 2. Ella protesta contra Elías. A menudo cuando estamos mental y físicamente adoloridos, decimos y hacemos cosas que después no podemos creer que las dijimos o hicimos.

II. EL REMEDIO (17.19–21)

- A. Lo que Elías no hizo:
 1. No le respondió con enojo.
 2. No le dijo que tomara en cuenta sus bendiciones.
 3. No corrigió las concepciones teológicas de ella.
- B. Cinco cosas que Elías hizo para ayudar con la situación:
 1. Estuvo allí.
 - a. Aun si usted no supiera qué hacer, esté allí.
 - b. No olvide estar allí semanas y meses después.
 2. Se hizo partícipe del dolor.
 - a. Estaba profundamente conmovido por lo que había sucedido (note el vers.º 20). No dude en «llorar con los que lloran» (Romanos 12.15).
 - b. Mantenga controlado su «llanto».
 3. Se mantuvo tranquilo, mientras el pánico se apoderó de los demás (contraste el vers.º 18 con el 19a).
 - a. Si usted aumenta la histeria que ya hay, se convierte en parte del problema, y no en parte de la solución.
 - b. Las palabras que se recogen en el versículo 20 fueron expresadas en privado.
 4. Hizo lo que pudo.
 - a. Tomó el niño de los brazos de ella y lo puso sobre su cama. Siempre

hay detalles de los cuales podemos encargarnos para aliviar a los que están de luto.

- b. Note qué más hizo, en el contexto que sigue.
5. Lo más importante de todo, es que recurrió a Dios para rogar por ella (vers.º 20).
 - a. Tenemos el interesante detalle del hecho de que Elías se tendió sobre el niño tres veces (vers.º 21).
 - (1) Nadie había sido resucitado de entre los muertos anteriormente. Elías no tenía precedente acerca de qué debía hacer.
 - (2) Es probable que estuviera haciendo lo que le parecía razonable.
 - b. La verdadera fuente del poder se encontraba en el hecho de que recurrió a Dios en oración.
 - (1) Cuando uno se encuentra en una situación ante la cual no puede hacer nada, recuerde Mateo 19.26.
 - (2) Fueron grandes cosas las que sucedieron en la vida de Elías gracias a la oración. ¡Él creía en el poder de la oración!
 - c. Cuando usted esté enfrentado con la muerte y otras situaciones ante las cuales no puede hacer nada, no olvide *orar*.

III. LOS RESULTADOS (17.22–24)

- A. Se obtuvo fortaleza.
 1. La fe de la mujer en el verdadero Dios, se fortaleció (vers.º 24). Elías también se fortaleció. Ahora él está preparado para hacer frente a los profetas de Baal.
 2. Hacer frente con éxito a situaciones de la vida ante las cuales no se puede hacer nada, con la ayuda de Dios, puede fortalecernos también a nosotros.
- B. Se recibieron galardones (Romanos 8.28a).
 1. Se le devolvió el hijo a la mujer (vers.ºs 22–23).
 2. La oración no siempre restituirá la vida a los que amamos, pero sí nos capacitará para sobrellevar lo que se nos presente en la vida. Además, si somos fieles a Dios, podemos esperar con ansia el regreso de Jesús (1ª Tesalonicenses 4.13–14, 17).

CONCLUSIÓN

Estas promesas son para «los que aman a Dios [...] los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8.28b).